

Amantes: desiertos y jardines

Amantes

Jorge Gaitán Durán

Colección Literaria, Ediciones Fundación Simón y Lola Guberek, Vol. 1. Bogotá, 1984

"Cuando tomo la pluma en la mano, nada puede sucederme. ¡Que tome nota el destino!"

Karl Kraus

La leyenda de Al Motamid lo señala como a un rey capaz de mirar desde Sevilla a un mismo tiempo un jardín florecido y un extenso desierto. Capacidad del poeta para captar lo oculto bajo la apariencia, la realidad subyacente, facultad adormecida que aparece y despierta tras la vigilia o el desajuste sensorial preconizado por Rimbaud.

Así, como Al Motamid, Jorge Gaitán Durán, en el más denso y logrado de sus libros de poemas: *Amantes*. Sensorial y vigilante, Gaitán Durán festeja en este libro los jardines del deseo, los cuerpos que "saltan como dos delfines blancos en el día", y, a contraluz, en su espalda, la sombra del guerrero que "por amor debe morir".

Rasgo acaso proveniente del romanticismo alemán, en Gaitán Durán se hace manifiesto el énfasis de quien asume su destino, de quien avizora, en medio de la plenitud de la vida y de su entusiasmo por ella, "la inhospitalidad del cielo".

Releo la *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Desde su primer libro de poemas, *Insistencia en la tristeza* (1946), dieciséis cantos de soledad, a veces aquejados de un tono lastimero, pero donde ya se encuentran los temas que para siempre lo señalarán, eligiéndolo para ser un incansable amanuense: el amor y la muerte, las vastas soledades del guerrero.

Es en *Amantes* donde parece concretarse mejor el deseo del poeta por encontrar la palabra que parece no haber sido buscada, que parece, mejor, predestinada al poema en una exploración que quizás trabajara con la irracionalidad de su parte, o, mejor, con un instinto que lo hace resistir lo que el propio Gaitán llamara

"la invasión del olvido". Acá, en este su libro de 1958, que en buena hora vuelve a publicar la Fundación Guberek, se encuentra, a mi subjetiva manera de entender, lo mejor de la obra del poeta. Delirio voluptuoso de los amantes, erotismo que es antesala de la muerte, su transgresión contrasta con la bella expresión de Rilke para el amor: "unión de dos soledades que se respetan". En Gaitán, este amor está hecho de "dos patrias que el alba separa", y que se buscan "como dos vampiros al alzarse el día".

De tal manera, *Amantes* es, de sus libros de poemas, quizás el que más totaliza un mundo donde jardines y desiertos se entrelazan en una convivencia natural, y a cuyas páginas cabrían las palabras del romántico Achim von Arnim: "¿Quién puede establecer la diferencia entre el rocío del paraíso y el veneno que escupe la serpiente?".

Pequeña y gran cantera poética, diez escasos poemas verdaderamente habitados por la poesía, *Amantes* es un libro que, aún desglosado del resto del cuerpo de la obra de Jorge Gaitán Durán, bastaría para señalarlo como uno de los más altos momentos de la poesía colombiana, como uno de esos pocos libros cuya vigilancia del lenguaje, cuya economía de palabras, se desliga de la tradición retórica de nuestro país. Exactitud que no es, sin embargo, superficie, vacua realidad. Porque acá, en su poética, se asiste a un misterio que nace de una música interior, de un ritmo que jamás podría ser premeditado. Esta poesía puede en sus acentos repetir la expresión de Denise Levertov en su lúcido y lúdico libro *El poeta en el mundo*, cuando señalaba que escribir es escuchar. Gaitán escucha el pulso interior, su ritmo más hecho de silencios y de sugerencias que de sonora verbalidad. En su escindido mundo, sus oídos que escuchan voces que cantan desiertos y jardines, este amanuense de sus sueños no se detiene al examen de su dictado irracional, sólo traduce sus obsesivas atmósferas, las vecindades de la muerte que pareciera intuir su fugaz viaje por la vida.

Algo que acaso quiso ser exorcismo: la insistencia en la muerte, en ese secreto dictado que acompaña toda su obra, quizás con mayor énfasis en su último libro de poemas, *Si mañana despierto* (1961), algo que ya ha señalado con certeza Pedro Gómez Valderrama en su prólogo a la *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. (1975).

A Gaitán Durán debemos los colombianos, por otra parte, el impulso de la revista Mito, fundada en 1955, momento cuando algunos hombres pudieron asomarse por esa ventana a las nuevas corrientes literarias del mundo, a una nueva estética, en un intento válido por airear el espíritu aldeano, y una fidelidad a la poesía durante su corta existencia. Para estas dos empresas, no sobra decirlo, se requiere de valor en un país al que tan bien le ajusta el proverbio persa, citado por Gaitán Durán (véase prólogo de Gómez Valderrama) antes de su muerte, a la edad de 37 años: "Si quieres que te estimen, muere o viaja".

JUAN MANUEL ROCA

Lírica de bofetada

Todos los poetas son santos e irán al cielo

Juan Gustavo Cobo Borda

El Imaginario. Buenos Aires, 1983

"J.G. Cobo Borda (Bogotá, 1948). Director, desde 1973, de la revista Eco, es actualmente agregado cultural de la embajada de Colombia en Buenos Aires. Ha publicado tres libros de ensayos: *La alegría de leer* (1976), *La tradición de la pobreza* (1980) y *La otra literatura latinoamericana* (1982) y diversas colecciones de poemas: *Consejos para sobrevivir* (1974), *Salón de té* (1979), *Casa de citas* (1981), *Ofrenda en el altar del bolero* (1981) y *Roncando al sol como una foca en las Galápagos* (1982). *Todos los poetas son santos e irán al cielo* reúne la totalidad de su trabajo poético entre 1970 y 1983".

Con esta escueta noticia que resume sin adjetivos su currículo litera-

rio, termina este sobrio volumen editado en la Argentina, y que confirma un hecho que ya se va convirtiendo en ley, a saber, estos balances generales que realizan últimamente los poetas colombianos menores de cuarenta años. Ya existían los antecedentes de Giovanni Quessep, Eduardo Escobar y Elkin Restrepo, a quienes Colcultura les había reunido todos sus libros en sendos volúmenes. Pero en 1983 vino la avalancha: Miguel Méndez Camacho y Juan Manuel Roca editaron sus autoantologías, Hárold Alvarado Tenorio publicó sus obras completas en verso y J.G. Cobo Borda hizo limpieza general y reunió sus cinco libros anteriores en este volumen de cincuenta poemas, bastante menos de los que eliminó, y que presenta como "la totalidad de su trabajo poético".

Sobre esta proliferación de "sumas" poéticas es posible intentar toda suerte de interpretaciones. Todas parciales; todas falsas; inevitablemente perversas algunas. Puede decirse que se trata de un resumen de lo anterior, de una síntesis de lo actuado y de allí se pasaría a una conjetura sobre los malos tiempos que corren. En todo el devaneo verbal sólo nos falta la palabra testamento. Pero no. Como siempre, las cosas son mucho más simples: acaso lo que origina estos balances de poetas menores de cuarenta que publican sus obras completas, es la casi invisible circulación de sus libros anteriores, inexistentes en los estantes de las librerías, muchos de ellos editados por el peculio de los autores, por instituciones ajenas a los mecanismos de circulación de los libros y por editores de fuera del país. En todos los casos enunciados, las antologías y obras completas recientemente publicadas vienen a llenar un vacío, por fin están disponibles al público de la poesía.

Cuando, como ocurre con Juan Gustavo Cobo Borda, un poeta ha escrito ensayos, críticas, notas periodísticas y ese poeta en tales textos — marginales, absolutamente marginales a su oficio principal, la poesía — resulta humorístico o sarcás-

tico o irónico (por lo demás, sin él habérselo propuesto), con facilidad se cae en la tentación de leer sus poemas con la misma sonrisa previa con que se toman sus prosas de ganapán. Ah, sonrisa descompuesta, que acaso se mienta una lectura desde la ironía. A pesar de todo lo que se haya dicho, no hay en la poesía colombiana una descripción menos irónica, más desgarradoramente literal que ésta: somos un país sin pasado, "cuya única tradición son los errores", tenemos la fealdad de la pobreza, somos violentos, estamos hechos de pequeños rencores, "caspa y babas, mugre y parsimonia", para decirlo con sus palabras, que no dan muchas vueltas. Lírica de la bofetada, poeta sin complacencias. ¿Ironías? No; apenas un ajuste de todo: la exactitud, que sigue siendo el único deber del poeta. La exactitud sin grandilocuencia, sin patetismo, sin predicación. Una poesía que no divide el asunto en buenos y malos; todos estamos en el baile, si baile es:

*Una historia medrosa que aún
subsiste,
y contra la cual también yo me
debato,
te engañó igualmente
negándote la única verdad:
el poder es siempre infame.*

*¿Por qué te digo estas cosas?
Tengo miedo de que cualquier
día*

*algún antiguo abuelo de
bigotes negros
me interrogue desde el cielo
diciéndome:*

*¿quién pagará la deuda, ese
saldo que crece?*

(Retrato de mi abuelo)

Sólo una lectura acomodaticia, falsa, retórica, retorcida, mentirosa, auto-complaciente, puede revestir de ironía estos despojos que devela la poesía de Cobo Borda. Poeta de las horas diurnas, de la tragedia cotidiana — la más disfrazada, la más encubierta.

Cobo es descarnado directo: "el poeta escarba entre basuras". Cuando los poemas de Cobo hablan

de su realidad circundante, de su — amada— Bogotá, de su — amada— Colombia, las palabras tienen la facultad de zaherir, abriéndonos las entrañas al horror, un horror diurno, diáfano, enfrentando al lector consigo mismo sin ninguna complacencia, invitándolo a una ética que no postula más que la ironía — falsa, repito— de algunos de sus títulos: *Consejos para sobrevivir*. Justo tono declarativo — he aquí su más auténtico lirismo— que elude todo gesto patético, toda definición previa.

Se diría que esta atónita, esta insobornada descripción, este parpadeo de quien descarta la pesadilla que aparece con el sueño y palabra por palabra dicta la pesadilla de la vigilia — poeta que limpia la casa—, es el paso previo del éxtasis de la poesía. Paso inicial, una inteligencia que padece, una sensibilidad que percibe y codifica; "el escritor — ha dicho Anthony Burgess— debe saber tanto de las palabras como de las cosas"; alucinación de flagelante, purificación en la intolerancia, en la no-complacencia, que eran las cualidades que Antonio Machado le pedía a todo poeta:

[...]
*El poema,
por sinuosos senderos,
se inmoviliza en su estrella
pero la poesía sólo pretende ir
al encuentro de lo que es.
No nos deja mentir.
El desastre está ahí.
Nos precipitamos sobre él.*

(Diálogo con Carlos Martínez R.)

El título del poema citado nos introduce en otro aspecto de la obra de Cobo: poesía sobre poetas, diálogo aéreo de poesía a poesía, interlocutores librescos que van encarnándose, sirviendo de pretexto, de punto de partida para la biografía o para la invocación erótica: Cavafis, Pessoa, Scott Fitzgerald, Nerval, Breton: estos son algunos de los escritores-puntos-de-partida, altavoces para su descarnada descripción o apoyo para enunciar el éxtasis, el único éxtasis, el éxtasis del cuerpo, como en *Leyendo a Enrique Molina*:

*La brasa azul de tu sexo
arrastra un vaho de selva
en medio de esta ciudad podri-
da.*

*Mientras los cuerpos
desaparecen
bajo el polen de la manigua
la espuma de la resaca
te cubre con su manto de
plumas.*

*Brilla el marfil incandescente
de tu risa.
No hay raíces: sólo existe la
aventura.*

*Una boca cálida
murmurando apodos infantiles
y obscenos.*

D.J.A.



Fiel a su fe

Antología poética

Juan Manuel Roca

Félix Burgos Editor. Bogotá, 1983

Juan Manuel Roca nació en Medellín en 1945 y hasta el presente ha escrito: *Memoria del agua* (1972), *Luna de ciegos* (1974), *Los ladrones nocturnos* (1976), *Señal de cuervos* (1979), *Fabulario real* (1980), *Cantos del ocio* (1982) y *Umbrales* (1982). Y de estos ocho libros salen 133 poemas en esta antología que cambia de criterio según cada libro, pues si apenas incluye cinco de su primer folleto, considera antológicos la integridad de los poemas de otros libros.

Para algo que se llame antología, en Colombia, sigue pareciendo excesivo que un solo poeta haya escrito 133 poemas antológicos. La cifra es exagerada, inclusive, si se piensa en una antología de toda la poesía colombiana. Así que, en este caso, el título del libro es apenas un indicativo de que contiene un resumen muy amplio de los diez años y ocho libros de Roca. Un resumen necesario, que la intrincada e ineficaz distribución de los libros de poemas pedía, para hacer presente en las vitrinas a este

poeta que es, a no dudarlo, el más conocido y el más prolífico de los poetas de su generación. Y que, de ellos, es el que más ha influido en la siguiente generación de poetas.

Antes que Roca escribiera el primero de sus versos, ya toda su visión poética estaba inventada. Roca es un poeta surrealista y repetidamente se ha reconocido como tal y ha adoptado, consecuentemente, la tradición poética surrealista, incluyendo explícitamente el romanticismo alemán. Si de esto se hace una interpretación desde la mera historia literaria, el asunto parece como un eco retardado de las vanguardias francesas de los veinte o como un eco algo menos retrasado de los surrealismos latinoamericanos. Hay mucho de esto, que presta la "visión" poética, pero nada es gratuito y la obra de Juan Manuel Roca es, en el orden de la poesía, el reflejo de una realidad caótica, que sólo puede horadarse con el atrevimiento de la poesía:

LA POESIA

*Algo así como entrar
En la zona de peligro
Con una vieja Colt inservible,
Algo así como abrir un
paraguas
Para protegerse
En medio de espesos abaleos,
La poesía,
Riesgosa y vagamunda,
Territorio libre del sueño,
Cultiva las flores prohibidas.*

La coyuntura (esa palabra que los economistas encontraron cuando buscaban la palabra circunstancia) permite los paralelos: si a la hora de mirar el mundo que los circunda, Cobo es el poeta de las horas diurnas, el testigo literal, Roca es el poeta nocturno, el brillante viajero de las pesadillas. Acaso no tan opuesto como ellos mismos puedan pensarlo —recuérdese el poema de Cobo a Breton, recuérdese el Bogotá de Roca en, por ejemplo, *Escenarios*— la diferencia radica en que Roca toma partido; para él la poesía no es sino una cosa: "Porque la poesía será la imagen que enriquece los

hechos cotidianos, o no será", ha escrito tajantemente en una nota sobre Harold Alvarado.

Así, iluminado por la sola visión surrealista, amparado en su verdad, el culto a la imagen, Roca ha construido una obra absolutamente fiel a sus fes, con una sostenida calidad que uniforma todo el conjunto, el cual no puede verse como una gradual maduración, con sus evoluciones y cambios, sino como una obra fiel a sí misma, a sus obsesiones, a sus paraísos y pesadillas, a su imaginación brillante y a su siempre constante retórica.

Juan Manuel Roca es un poeta bien dotado para su propio propósito; imaginativo y brillante para las imágenes, la lectura de su antología permite percibir su brillantez, su ingenio, su originalidad. Tenaz en su empeño, inevitablemente, en ocasiones, cae víctima de su propio invento, la desbordada pirotecnia. Pero sobre todo en sus poemas cortos, y más cuando aborda el erotismo, logra excelentes ejecuciones, como *Mujer invadida por fantasmas*:

*Los corsarios que asediaban
tus playas
Con galeones dorados a
estribor de tu pellejo,
Los perros adiestrados
Que buscaban tu olor entre la
hierba,
La noche tocando tambores
con un fémur
Entre la algarabía de los
bailes estivales
Donde tus piernas desgarradas
Hacían la delicia de los hace
mucho tiempo muertos,
Aquellos que escarban como
mineros
En tu cueva de oro
Mientras la caja de caudales de
tus muslos
Se abre al galope entre el pasto
enrojecido
Y los fantasmas te gritan al oído
Que eres presa y perseguida
Para invadir tus cámaras
secretas
Entre el bosque que boga tu
agua nocturna.
[...]*